

porque suceden á la vista de todas las personas que asisten al coliseo, mueven á los mismos verdugos, á quienes la inalterable mansedumbre y la paciencia invencible de la víctima habian llenado de admiracion: ésta era la gracia, que se abria camino en sus corazones. Ellos no resisten por más tiempo; ellos creen en Jesucristo y se confiesan públicamente cristianos. Se indignan contra ellos, y con el mayor furor se les convierte en víctimas, se les hace sufrir el mismo martirio, y se les corta la cabeza, haciéndolos confesores de la fe (1). Dios lo dispuso así para que Martina, que habia hecho con su celo á tantos hombres cristianos, entrase en el cielo precedida, rodeada y honrada por una legion de mártires.

Pero no se acaban aquí sus gloriosas conquistas. Apenas espira ella bajo el golpe de la espada (2) que le corta la cabeza, cuando se siente en toda la ciudad un gran terremoto; muchos edificios se hunden, y anuncian con su ruina la próxima ruina del infame edificio de la idolatría romana. Porque, en efecto, ninguna mision apostólica produjo mayores frutos que el martirio de esta virgen. Un gran número de idólatras se convirtieron en un momento, y Roma se llenó de admiracion al verse cuasi toda cristiana (3). Así es como hacia Dios de la mujer mártir la mujer apóstol del Cristianismo.

(1) « Ex ejus sectoribus nonnulli, miraculi novitate correpti, Dei inspirati gratia, Christi fidem amplexi, post cruciatum, gloriosam martyrii palmam, capitis abscissione, promeruerunt. » (*Brev. Rom.*)

(2) Es digno de observar que Dios salyaba cuasi siempre por medio de prodigios á sus confesores, cuando intentaban hacerlos morir por las fieras, por el fuego ó por el naufragio, mientras que consentia que muriesen por la espada. « Esto consiste, dicen los padres y los intérpretes, en que las otras penas eran unas penas arbitrarias, eran ciertos refinamientos de crueldad, y no eran penas legales; mientras que, segun San Pablo, la espada es el signo de la justicia, del poder político: *Non sine causa gladium portat.* » (*Rom., x.*) Por consiguiente, al consentir que los mártires muriesen por la espada, quiso indicar el respeto que se debe al poder público en las acciones que son de su incumbencia, aun en el caso en que abuse accidentalmente de su autoridad.

(3) « Hisce prodigiis, ejusque in primis constantia, acriter permotus judex, caput virgini amputari præcepit. Qua perempta, urbs tota contremuit, ac multi idolorum cultores ad Christi fidem conversi sunt. » (*Ibid.*)

§ X.—Virgenes mártires fuera de Roma.—Santa Águeda.—Su constancia y sus reconvenciones al tirano mientras le cortan los pechos.—Su dichosa muerte fué seguida de prodigios.—Santa Lucía, su imitadora en la profesion de la virginidad y en la constancia del martirio.—Dios no permite que ella sea violada.

Pero estos mismos prodigios que el poder de Dios obró en Roma por medio de la mujer mártir, los obró tambien por el mismo medio, como lo prueban las actas de los mártires, en el resto del mundo, en la época del establecimiento del Cristianismo en el mundo. Ved aquí algunas de las santas mujeres que sufrieron por Jesucristo el martirio fuera de Roma, y cuyos nombres han sido siempre célebres en la Iglesia. En primer lugar encontramos á Santa Águeda y Santa Lucía, las principales glorias religiosas de Sicilia, cuyos nombres se encuentran en el cánon de la misa y en la letanía de los santos.

Nada es más admirable ni más bello que las palabras y las oraciones de Santa Águeda durante su largo y horrible martirio. Noble de origen y dotada de una rara belleza, habiendo rehusado, por amor á la virginidad, la mano y el amor de Quinciano, pretor de Sicilia, éste la hizo prender en Catania, donde se encontraba, y la echó en cara, como una cosa vergonzosa, el que siguiese, siendo noble y rica, la vida oscura y pobre de los cristianos: al cual ella respondió: « Tú no sabes lo que dices, Quinciano; lo que tú llamas la humildad y la servidumbre cristiana, es mucho más noble y más glorioso que todo el fausto y las riquezas de los reyes. En cuanto á mí, no soy más que una sierva de Jesucristo; por eso me ves cubierta de pobres vestidos, propios de los siervos. Así, pues, yo quiero ser reconocida por lo que soy y por lo que me glorío de ser » (1). Indignado Quinciano de esta respuesta tan cristiana, manda que la santa virgen sea encerrada en un horrible calabozo. « Esa es mi gloria y mi alegría », respondió ella; y se dirigió á la prision con un semblante tan tranquilo y tan alegre, que parecia que iba á un banquete de bodas; sin embargo, ella se puso á implorar el

(1) « Multo præstantior est christiana humilitas et servitus regum opibus et superbia. Ancilla Christi sum; ideo me servilem ostendo habere personam. » (*Brev. Rom.*)

auxilio celestial, y á encomendarse á Dios para la horrible lucha que iba á comenzar para ella (1). La oracion es el verdadero escudo del cristiano que pelea por la fe.

Entre los tormentos á que la ferocidad de los tiranos sometia á las vírgenes cristianas, el más agudo y cruel, para unas almas tan castas y tan honestas, era el de la desnudez de su cuerpo virginal en presencia de los hombres. Este tormento no falta á nuestra heroína. La desnudan en público, la azotan, la queman los costados con hierro candente, la suspenden en un potro, y encontrándola siempre firme en su resolución de permanecer cristiana é intacta, la amenazan con un suplicio nuevo, que la crueldad pagana no habia ensayado todavía en la mujer cristiana. «No me importa, responde ella; haced lo que queráis; el Dios que me ha hecho triunfar de todas las pruebas á que me habeis sometido, y que ha llenado de consuelo mi corazón miétras que atormentaban mi cuerpo, sabrá ayudarme todavía, y fuerte con su auxilio, perseveraré siempre en su confesion» (2). El hecho sigue á la amenaza, y dos tigres con formas humanas le arrancan los pechos con tenazas hechas ascuas. Águeda, en medio de este horrible martirio, tan doloroso para su pudor como para su carne, pensando ménos en lo que sufre que en el horrible crimen que comete el pretor mandando y presenciando una ejecucion tan inhumana, le dice: «¡Oh tirano impío y cruel! ¡Oh hombre sin entrañas, yo no me quejo del ultraje que me haces! Al arrancarme los pechos de mi cuerpo, no puedes arrancarme los de mi alma; ellos han quedado intactos dentro de mi corazón, que he consagrado desde mi infancia al Señor. Pero tú ¡cómo no te avergüenzas de hacer cortar á una mujer lo que tú mismo mamaste en tu madre!» (3). De nuevo es arrojada á una prision, á donde Jesucristo le envia al apóstol San Pedro, que le cura milagrosamente todas sus heridas. Se admiran y se indignan de encontrarla perfectamente sana despues de unos sufrimientos tan

(1) «Agatha lætissime et glorianter ibat ad carcerem, quasi ad epulas invitata; et agonem suum Domino commendabat.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Adjuta à Domino, in confessione ejus perseverabo, qui me salvam fecit, et consolatus est me.»

(3) «Impie, crudelis et dire, tyranne, non est confusus amputare feminæ, quod ipse in matre suxisti? Ego enim habeo mamillas integras, intus, in anima mea, quas ab infantia Domino consecravi.» (*Ibid.*)

atrocés. La amenazan con hacerla sufrir otros nuevos si no se rinde á los impíos y obscenos deseos del tirano. «Vos no conseguiréis jamas, dice Águeda, que yo sea perjura á mi celestial Esposo. Yo invoco y adoro tan sólo al Dios vivo; Él es, como veis, tan poderoso y tan bueno, que se ha dignado restituirme mis pechos, que me habiais arrancado, y curarme de todas mis llagas» (1). De nuevo la llevan á la plaza pública; arrastran su santo cuerpo sobre agudos pedernales y sobre carbones encendidos, y desgarran sus delicados miembros. Pero al mismo tiempo tiembla toda la ciudad; el monte Etna vomita ardiente lava, y el pueblo ve en estos fenómenos los signos de la cólera celestial, pronta á estallar para vengar la santidad y la inocencia de los ultrajes que les hacia la tierra. El prefecto, confundido, humillado y trémulo, se apresura á ocultar de la vista del pueblo á la grande heroína que lo habia conmovido, y que habia causado el furor del tirano y triunfado de su poder. Restituida Águeda á su prision, se pone de rodillas, y elevando sus manos puras al cielo, dirige á Dios esta bella súplica: «Señor Jesucristo, mi buen Maestro, que me habeis criado, y me habeis quitado del corazón todo amor y todo afecto al mundo, yo os doy gracias por haber separado tambien mi cuerpo de toda mancha y de toda impureza; yo os doy gracias igualmente por haberme hecho triunfar de tantos y tan horribles tormentos. Pero cese ya mi mansion en la tierra; ordenad que yo vaya á abrazaros en el cielo, y á recibir allí la corona inmortal que me teneis preparada» (2). El Esposo celestial escucha esta oracion. Apénas acaba Águeda de pronunciarla, cuando espira. Los cristianos la sepultan con los más grandes honores, y nadie se atreve á oponérseles. Léjos de esto, viéndose los paganos mismos amenazados continuamente por las erupciones del Etna, se dirigen en turbas al sepulcro de la gran mártir, quitan el velo que cubria su rostro, y oponiéndolo al tor-

(1) «Qui me dignatus est ab omni plaga curare, et mamillam meam meo pectori restituere, ipsum invoco Deum vivum.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Stans beata Agatha in medio carceris, expansis manibus, orabat ad Dominum: Domine Jesu Christe, magister bone, qui me creasti, et tulisti à me amorem sæculi, gratias tibi ago, quia corpus meum à pollutione separasti, et quia me fecisti vincere tormenta carnificum. Jube me, Domine, ad tuam immarcescibilem coronam feliciter pervenire.» (*Brev. Rom. et Act. Martyr.*)

rente de la lava, que amenazaba sumergir la ciudad en sus abrasadas olas, obtienen la gracia de detenerlo (1). Es fácil de imaginar que desde aquel día no hubo más idólatras en Catania, y que la ciudad y los pueblos circunvecinos se hicieron cristianos, gracias á los prodigios de las virtudes y á la virtud de los prodigios que Dios se habia dignado obrar allí por una mujer (2).

Á quince leguas de Catania se encuentra la ciudad, tan célebre en otro tiempo, de Siracusa. Las maravillas del martirio de Santa Águeda se habian divulgado en aquella ciudad; en ella habian convertido un gran número de idólatras, y habian afirmado á los fieles en la fe y en la piedad del Cristianismo. Medio siglo habia pasado apénas desde la muerte de Santa Águeda, y su nombre inspiraba allí la mayor veneracion por sus virtudes y por la eficacia de su intercesion. Una de sus más fervientes devotas era Lucía, noble vírgen siracusana, que, con sus oraciones en el sepulcro de Santa Águeda, habia alcanzado de Dios la curacion de su madre de una enfermedad desesperada. Pero la mejor manera de tributar culto á los santos es la de imitar sus virtudes, y esto fué lo que hizo la jóven Lucía respecto á Santa Águeda; ella quiso copiar en sí misma la santidad de su vida, y esto la hizo digna de participar de la gloria de su muerte. Á imitacion de su santa abogada, habia abrazado Lucía la virginidad voluntaria, y se habia consagrado á ella con juramento. Sin embargo, no por haberse desposado con el Hijo de Dios dejó de reclamar la dote que su madre le habia destinado para el caso de que contrajese matrimonio; pero sólo reclamó esta dote para distribuirla á los pobres (3) á quienes el Esposo celestial ha escogido por sus representantes. (Matth.)

La virginidad y la caridad son unas buenas disposiciones para el martirio, y estas disposiciones no faltaron á la vírgen Lucía. Habiéndose hecho célebre en toda la comarca, tanto por sus virtudes

(1) «Paganorum multitudo fugis ad sepulchrum virginis, tulerunt velum ejus contra ignem.» (*Brev. Rom.*)

(2) Tenemos dos himnos de Santa Águeda, uno de ellos por San Isidoro de Sevilla, publicado por los Bolandos; y dos magníficos elogios, el uno por San Adelmo de Inglaterra, y el otro por San Metodio, patriarca de Constantinopla.

(3) «Exoravit ut quam dotem sibi datura esset, Christi pauperibus distribui pateretur.» (*Ibid.*)

como por su nacimiento y su belleza, el prefecto Pascasio se prendió de ella, y no esperando poderla hacer su esposa sin hacer ántes que apostatase del Cristianismo, la amenazó con los más crueles tormentos si no abrazaba la religion de los ídolos. Pero el alma verdaderamente cristiana no olvida jamas estas grandes palabras del Señor: «No temais á los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed á Aquel que puede arrojar el alma y el cuerpo en la perdicion del infierno.» (Matth.) Por consiguiente, las amenazas de males corporales, cualesquiera que sean, las amenazas mismas de la muerte no tienen poder alguno sobre ella para hacerla apostatar de la fe. Esto es lo que Lucía enseña á su cobarde tirano; cuanto más insistia éste en sus amenazas, tanto más inflamada se mostraba la valerosa vírgen en el amor de la religion cristiana, tanto más elocuente en defender la verdad y en exaltar la grandeza y la gloria de ella. «He conocido, le dice el prefecto, no sabiendo que se dirigia á una heroína del Evangelio; he conocido que nada hay que esperar de tí mientras no se trate más que de amenazas; pero tus grandes palabras acabarán cuando se llegue á los grandes golpes (1).—Te engañas, le responde Lucía; las bellas y animosas palabras no faltaron jamas á los verdaderos siervos de Dios; porque el Señor Jesucristo ha dicho: «Cuando fuerais llamados á dar cuenta de vuestra fe ante los presidentes y los reyes, no os inquieteis por lo que habeis de decir ni por el modo con que lo habeis de decir; porque no sois vosotros los que hablais entónces, sino el Espíritu Santo, que está en vosotros, es quien habla por vosotros» (2).—¿Tienes tú, por ventura, el Espíritu Santo? Preguntó Pascasio. — Ciertamente, respondió la animosa vírgen; porque aquellos cuya vida es piadosa y pura son templos vivos del Espíritu Santo (3).—Si eso es así, replicó el tirano, yo sé lo que he de

(1) «Quam ille cum tanto magis incensam videret ad celebrandas christianæ fidei laudes, quanto magis ipse eam à sententia avertere conabatur:—Cesabunt, inquit, verba, cum ventum fuerit ad verbera.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Cui virgo: Dei servis verba deesse non possunt, quibus à Christo Domino dictum est. (Matth.) Cum steteritis ante reges et præsides, nolite cogitare quomodo aut quid loquamini; dabitur enim vobis in illa hora quid loquamini. Non enim vos estis quid loquamini, sed Spiritus Sanctus qui loquitur in vobis.» (*Ibid.*)

(3) «Quam cum Pascasius interrogasset: Est ne in te Spiritus Sanctus? respondit: Caste et pie viventes templum sunt Spiritus Sancti.» (*Ibid.*)

hacer contigo; yo te haré conducir á un lugar de prostitucion, donde, perdiendo tu castidad, perderás tambien á tu Espíritu Santo. —Te engañas en eso, le contestó Lucía; si me haces deshonorar contra mi voluntad, léjos de arrebatarme la castidad, me doblarás la corona de ella» (1).

¡Qué conocimiento tan perfecto del Evangelio; qué firmeza de espíritu, qué tranquilidad, qué sabiduría, qué gracia en las respuestas de la jóven cristiana! Ellas eran capaces de aplacar al hombre más furioso. Pero los altos personajes del paganismo no eran hombres, sino monstruos, que habian conservado del hombre tan sólo el nombre y la figura para degradarlos. Así, pues, el lenguaje de la vírgen, tan lleno de encanto y al mismo tiempo tan imponente y tan grave, léjos de conmover al tirano, lo llenó de furor. Él mandó que el ángel de la pureza fuese encerrado en la caverna de la lujuria para ser allí violado; pero fué en vano. Dios hizo tan prodigiosamente pesado el pequeño cuerpo de la vírgen, que, á pesar de los grandes esfuerzos que hicieron para moverla del lugar en que se hallaba, no lo pudieron conseguir. «Pues bien, dijo entonces el tirano, que sea quemada ahí, supuesto que no quiere moverse de ese lugar.» La ungieron con aceite hirviendo, la untaron con resina y pez, encendieron un gran fuego en torno de ella; pero las llamas no la tocaban, como ni tampoco le daban muerte otros tormentos que en ella emplearon; y sólo despues de su oracion á Dios, en que le pidió que la sacase de este mundo, fué cuando, dividida su garganta por la espada, sucumbió; pero ántes de entregar su espíritu á Dios, habló á la multitud que asistia á aquella lucha, y le predijo que Diocleciano y Maximiano iban pronto á morir, y que su muerte daría la paz á la Iglesia (2). Así el último suspiro de esta bella alma, que sólo habia vivido en el mundo para

(1) «At ille: Jubebo te ad lupanar duci, ut te Spiritus Sanctus deserat. Cui virgo: Sid invitam juseris violari, castitas mihi duplicabitur ad coronam.» (*Brev. Rom.*)

(2) «Ira inflammatus, Luciam eo trahi jussit ubi ejus virginitas violaretur; sed divinitus factum est, ut firma virgo ita consisteret, ut nulla vi è loco dimoveri posset. Quamobrem, prefectus circum ipsam pice, resina ac ferventi oleo perfussam, ignem accendi imperavit; sed cum ne flamma quidem eam læderet, multis tormentis excruciatæ gutur gladio transfigitur. Quo vulnere accepto, Lucie prædicans Ecclesie tranquillitatem, quæ futura erat, Diocleciano et Maximiano mortuis, spiritum Deo reddidit.» (*Ibid.*)

la edificacion de la Iglesia, fué un augurio de felicitacion, un acto de tierno amor á la Iglesia.

No debemos olvidar á Santa Apolonia, martirizada en Cartago en la misma persecucion en que sucumbió San Cipriano. Esta noble vírgen, objeto de la estimacion y de la veneracion universal, no sólo de los cristianos, sino tambien de los paganos, por su piedad y su caridad, habiéndose negado á blasfemar del Señor, recibió tantos y tan rudos golpes en el rostro, que perdió todos los dientes. No habiéndola podido vencer con este suplicio, encendieron un gran fuego junto á ella, y la amenazaron con quemarla viva si permanecia en la confesion del Señor. «Yo estoy preparada para ello, respondió, y quiero ahorraros el trabajo de echarme en la hoguera.» Diciendo esto, se arrojó intrépidamente á las llamas, y llegó por medio del fuego al refrigerio eterno, dejando á sus verdugos confusos, y al pueblo atónito de un valor tan grande, como el que aún las mismas mujeres reciben de la fe y de la esperanza del Cristianismo. (Euseb., lib. vi.)

§ XI. — Glorioso martirio de otras ilustres vírgenes. — Santa Victoria. — Su deseo de asistir á los santos misterios. — La locura de la cruz. — Un niño de nueve años mártir. — Bella confesion de siete hermanas. — Santa Teodora, y la risa de los mártires. — Admirable oracion de Santa Teófila por la conservacion de su virginidad. — Prodigios con que Dios se la conserva. — Jesucristo no permite jamas que ninguna de sus vírgenes mártires sea violada.

Bajo el emperador Diocleciano, en una ciudad del África proconsular llamada Abisinia, tuvo lugar otra magnífica confesion de la fe por parte de cuarenta y nueve mártires, treinta y dos hombres y diez y siete mujeres; y fué tal la actitud sublime de estas mujeres, que aumentó el valor de los hombres y realzó de una manera extraordinaria la gloria de esta confesion. Fortunaciano, hermano de Santa Victoria y unido todavía al paganismo, para alcanzar gracia en favor de su hermana, decia al procónsul: «Señor, el fanático de Dativo es quien ha seducido á mi hermana, trayéndola con Restituta y Segunda á esta colonia, y haciéndola iniciar en los misterios de los cristianos en casa del sacerdote Saturnino. Por consiguiente, Dativo es el verdadero culpable del extravío de estas mujeres. El desventurado jamas entraba en nuestra casa sin que, con sus per-